

RISATA

Carlos VÁZQUEZ



Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

Texto: Mossen Jacinto Verdaguer, por M. G. — Verdaguer literato, por J. Morató. — Somiant L'Atlántida, A la mort de la meva mare, y A la Verge de Montserrat, poesias por Jacinto Verdaguer. — Al primer vagido, por Manuel Lassala. — Los Nibelungos (Continuación). — Por esos teatros, por Un espectador. — Hojeando libros. — Sección de Ajedrez.

Grabados: Portada, por Carlos Vazquez. — El entierro de Verdaguer: Esperando la salida de la comitiva, El coche fúnebre saliendo de las Casas Consistoriales, En el cementerio y Las coronas. — Mossen Verdaguer en el año 1886. — Retrato de Mossen Verdaguer. — Poesias de Verdaguer, ilustración, por J. Guardiola. — Al primer vagido, ilustraciones de V. Ubeda. — Esperando la sopa, por R. Opisso. — En « El Prat » y En el Hipódromo, cuatro fotografías artísticas remitidas por D. Román Macaya.

EL ENTIERRO DE VERDAGUER



ESPERANDO LA SALIDA DE LA COMITIVA

MOSSÉN JACINTO VERDAGUER

(NOTAS BIOGRÁFICAS)

El día 10 de junio dejó de existir en la «Quinta Juana» de Vallvidrera, el eminente autor de «L'Atlántida», Mossén Jacinto Verdaguer, el poeta de altos vuelos traducido y admirado en toda Europa, el literato cuyas producciones han colocado á la literatura catalana á mayor altura.

De procedencia humilde, supo conquistarse el ilustre vate uno de los sitios más eminentes. Nacido en un pequeño pueblo, un pueblecillo olvidado por todos los que no son sus vecinos, supo remontarse en alas de su genio hasta atraer hacia sí las curiosas miradas de todo el mundo.

En Folgarolas, cerca de Vich, vió la luz Jacinto Verdaguer el día 17 de abril de 1845.

Sus padres, modestos propietarios rurales, dedicábanse á los trabajos propios de los campesinos, siendo considerados por todos como acabados modelos de honradez, cualidad ésta que poseían en un grado extraordinario.

La primera educación de Mossén Verdaguer la recibió del humildísimo dómine de su pueblo.

Llegado á la época de la juventud y sintiéndose llamado por la vocación eclesiástica, ingresó en el seminario de Vich, donde se le despertó de una manera intensísima la afición á los estudios literarios, con la circunstancia de que él mismo la despertó en un sinnúmero de compañeros suyos que formaron andando el tiempo el famoso *esbart vigatà*, algunos de cuyos miembros ocupan dentro la literatura catalana lugar preferente.

La primera aparición en el campo de las letras, la hizo en los Juegos florales del año de 1865, en que obtuvo un premio extraordinario por su composición poética «A la mort den Rafel Casanova» y un accésit á la *Englantina d'or y argent* por su hermosa poesía «Els minyons den Veciana».

Pocos años después, obtuvo en el mismo poético certámen otras distinciones señaladas por sus hermosas producciones «Nit de sanch», «Al heroe montanyench Joseph Manso» y «Sorpis de l'ànima».

Así como en su primera aparición en los Juegos florales no se fijaron en los trabajos del modesto estudiante más que unos pocos, á la segunda ya llamaron la atención de la mayoría de los intelectuales, que fundaron en el que había de remontarse á mucha mayor altura de la que habían llegado ellos las más halagüeñas esperanzas.

Estas se convirtieron antes de mucho en hermosa realidad. Llegado el escritor á la edad de la madurez, cuando dejó á un lado la chaquetilla corta y la *barretina musca* para vestir la sotana y el manteo del sacerdote, todo el mundo veía ya en Mossén Verdaguer al poeta más eminente que había producido hasta entonces la literatura catalana.

Pero cuando llegó á su mayor plenitud el convencimiento de los inteligentes, fué al ver la luz el grandioso poema «L'Atlántida», que ha valido á Mossén Cinto la fama universal de que goza. Como si desconfiase de la bondad de su obra maestra, también buscó el eminente vate la sanción de los demás, presentándola al Certámen de los Juegos florales de 1877, en que fué premiado el poema por unanimidad.

Con la aparición de «L'Atlántida» puede decirse que se funda la epopeya catalana. «Después de Miltón en su *Paraiso perdido* y después de Lamartine en su *Caída de un ángel*, dice Federico Mistral, en una carta dirigida al autor y publicada en las ediciones sueltas que se han hecho de «L'Atlántida», nadie había tratado las primordiales tradiciones del mundo con tanta grandiosidad y potencia».

Y añade más abajo: «¡Oh cantor insigne! habéis cumplido con creces las promesas que de joven hicisteis. Recuerdo aún aquellas magníficas fiestas de Barcelona en que os encontré, y en que, modesto estudiante, cubierta la cabeza con la barretina morada, os acercásteis á mí con tanta gracia como entusiasmo; todos, lo recuerdo bien, confiaban en vos: ¡*Tu Marcellus eris!* Habéis realizado cien veces las esperanzas que en vos fundó la patria».

«L'Atlántida» fué empezada por su autor cuando, *sin haber visto más tierra que la que se divisa desde un pico de las montañas que rodean el llano de Vich, conocía el mar como si sólo le hubiese visto en pintura*. Pero si fué empezada la obra tierra adentro, fué concluída — soberbiamente concluída — en alta mar, cuando, habiendo entrado el autor de capellán en un trasatlántico, visitó las Canarias y las Azoes y recorrió los puertos de América, recogiendo tradiciones y estudiando de cerca los sitios que habían sido testimonio del gran cataclismo geológico.

Las ediciones que en catalán se han hecho de «L'Atlántida», han sido muy numerosas, así como las traducciones á diversas lenguas. Además de la castellana de Melchor de Palau, recordamos la de los señores J. M. de Despujol y Díaz Carmona, en la misma lengua; las francesas de Alberto Savine y Justin Pepratx, la inglesa de Bonaparte Wyse, la provenzal de Monne, la italiana de Sugerì, etcétera, sin contar los fragmentos que tiene admirablemente traducidos el gran Federico Mistral y la edición alemana presentada con gran lujo.

Las composiciones que valieron á Verdaguer el título de *Mestre en gay saber*, fueron «Plor de la tortra», «Sant Francesch s'hi moria» y «La barretina», premiadas respectivamente en los Juegos Florales de 1873, 1874 y 1880. Al año siguiente al de su proclamación fué el poeta presidente del Consistorio.

Cuando dejó Mossen Verdaguer de viajar como capellán de navío, entró como limosnero al servicio del marqués de Comillas, de cuya casa salió al cabo de muchos años, empezando entonces la época de su vida que le inspiró su hermosa producción «Flors del Calvari».

Más tarde fué nombrado por el señor obispo de esta diócesis beneficiado de la iglesia de Belén, cargo que ha ocupado hasta su muerte.

Las obras de Verdaguer son las siguientes :

«L'Atlántida», poema.—«Canigó», id.—«Idilis y cants místichs».—«Llegenda de Montserrat».—«Cansons de Montserrat».—«Caritat».—«Nerto», traducción del poema de Mistral.—«El somni de Sant Joan».—«Patria», poesías.—«Cántichs».—«Jesús infant», trilogía compuesta por las obras «Nazareth», «Bethlem» y «La fugida á Egipte».—«Roser de tot l'any».—«Flors del Calvari».—«Ayres del Montseny».—«Flors de María».

Á estas obras poéticas deben añadirse sus libros en prosa «Excursions y viatjes» y «Dietari d'un pelegrí á Terra Santa», que le han colocado como prosista á uno de los más eminentes lugares.

De todas sus obras se han hecho varias ediciones, habiendo sido la mayoría de ellas traducidas á otras lenguas.

Las circunstancias de que fué rodeada la muerte del

insigne vate, trasladado casi moribundo á la «quinta Juana», de Vallvidrera, ofrecida por el propietario Sr. Miralles; el interés con que fué seguido por los periódicos el curso de su enfermedad; las noticias que circularon por la prensa respecto á su muerte y á sus últimos instantes, despertaron en grado sumo la curiosidad hasta de las gentes más alejadas del mundo artístico y literario.

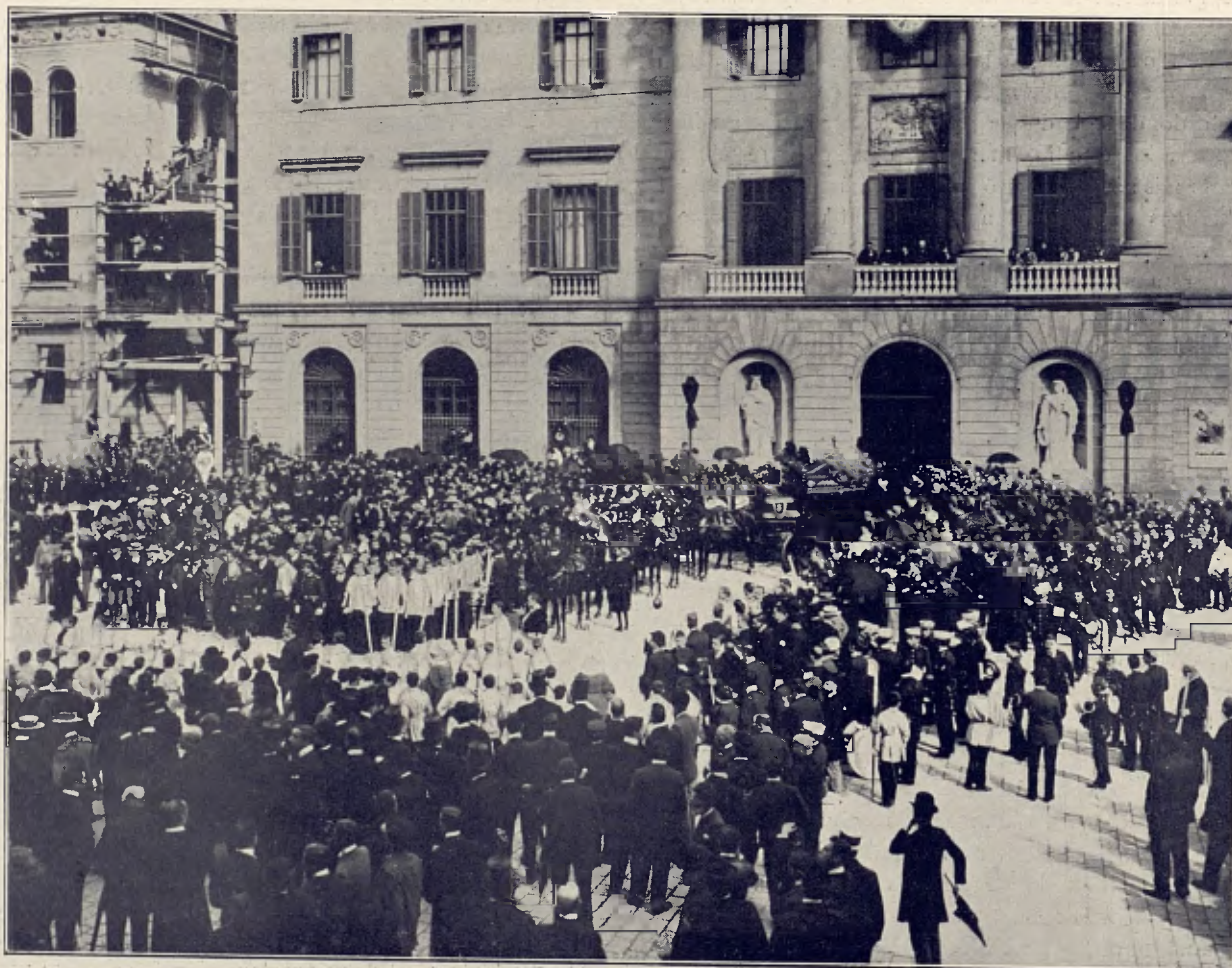
Por eso en la manifestación de duelo á que dió lugar el entierro del eminente vate, tomó parte Barcelona entera. Por eso desfilaron ante el cadáver, expuesto en el Salón de Ciento convertido en capilla ardiente, millares de ciudadanos pertenecientes á todas las clases sociales. Por eso la figura del gran escritor, desconocida antes por la mayoría del pueblo bajo, adquirió la mayor popularidad que ha podido obtener jamás en Cataluña ningún otro poeta ó artista.

Puede afirmarse en absoluto que el acto de conducir á la última morada el cadáver del gran Verdaguer ha sido el más grandioso y el más imponente de cuantos en su género ha presenciado el pueblo de Barcelona.

¡ Descanse en paz el ilustre vate, cuya memoria perdurará eternamente entre sus semejantes !

M. G.

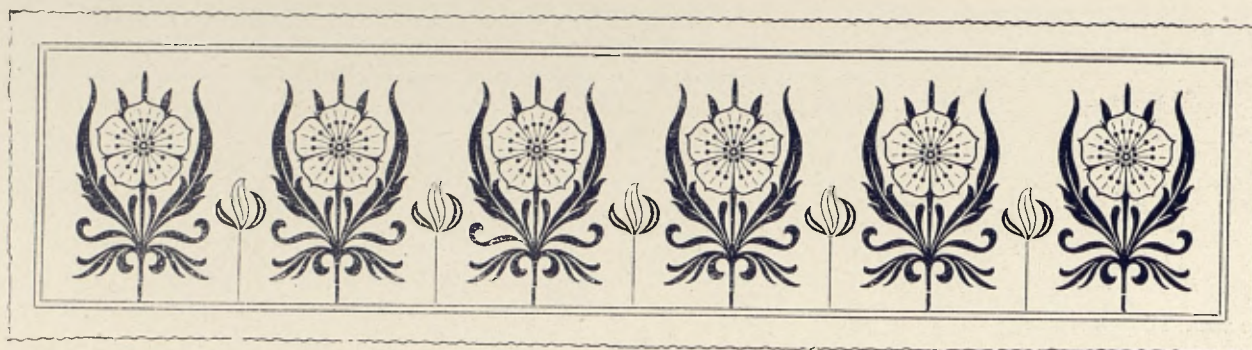
EL ENTIERRO DE VERDAGUER



EL COCHE FÚNEBRE SALIENDO DE LAS CASAS CONSISTORIALES



MOSEN VERDAGUER EN EL AÑO 1886



VERDAGUER LITERATO

Ha muerto Verdaguer! Á los dos meses cabales de haber desaparecido de entre nosotros el Doctor Robert y cuando conservábamos aun tiernas en el corazón las huellas que dejara en él la pérdida del eminente médico y esclarecido hombre público, nos sentimos de nuevo heridos en el fondo del alma por la desaparición del ilustre vate cuyos cantos habían repercutido en toda Europa para honra de Cataluña y enaltecimiento de la hermosa lengua catalana.

Porque Verdaguer, el colosal Verdaguer, ha sido quien en más alto lugar ha puesto el nombre del idioma en que compuso sus soberbios cantos, haciendo con él lo que el Dante con el italiano: comunicarle nueva vida, crearlo de nuevo.

El canónigo de la Catedral de Vich Dr. D. Jaime Collet, dice en el prólogo del libro que con el título de «Patria» dió á luz Mossen Jacinto Verdaguer en el año de 1888:

«Más que de arriesgada, de loca podía calificarse la empresa de querer restaurar una literatura muerta, enterrada en la tumba de las bibliotecas y archivos, y devolver el esplendor literario á una desvalida lengua de campesinos que se encontraba, como se encuentra aún, puesta en entredicho civil — y quiera Dios que no eclesiástico en algunos sitios.»

Gracias al gran Verdaguer, al eminente *Mossen Cinto*, aquella empresa arriesgada y loca, aquel propósito de algunas docenas de entusiastas soñadores, se convirtió en hermosa realidad. Y decimos gracias á Verdaguer, no porque consideremos obra suya exclusiva la resurrección verdaderamente literaria de la lengua catalana, sino porque él fué quien con más actividad y mayor provecho trabajó en la realización de tan hermoso sueño. Es indudable que, aún sin Mossen Cinto, el idioma de D. Jaime I

hubiera recobrado á la larga su antiguo esplendor: una verdadera legión de literatos meritisimos trabajaba en ello y tarde ó temprano hubiera conseguido su objeto. Lo que hizo Verdaguer con su haliento de gigante, fué dar mayor impulso al movimiento, apresurando con sus colosales obras el día del triunfo, que, á Dios gracias, ha sido completo, pues el grado de perfección á que ha llegado hoy día la lengua catalana, es verdaderamente asombroso, como lo prueba la existencia de escritores tan castizos como Raimundo Casellas, Joaquin Ruirá y otros maestros del bien decir, sin contar los que, anteriormente á ellos, se habían desvivido para dotar el habla de la mayor precisión y el mayor grado de fijeza posibles.

La labor de Verdaguer en este sentido fué verdaderamente titánica. Su aparición en los Juegos florales de Barcelona á mediados del siglo pasado, marca á la literatura catalana un nuevo rumbo. El joven seminarista de Vich, que se presentaba vestido con el clásico traje de la tierra, luciendo la airosa *barretina*, á recoger las distinciones de que le hiciera objeto el Consistorio, venía á marcar á la poesía catalana derroteros más conformes á su manera de ser y al carácter de nuestro pueblo. Hasta entonces, nuestros poetas, educados en los castellanos, se habían contentado por lo general con seguir rastreramente las huellas de estos y con llenar sus versos de frases ásperas, palabras rústicas, interjecciones enérgicas, á fin de *catalanizar* sus producciones, plagadas de castellanismos y galicismos sin cuento.

En cambio Verdaguer se presentaba desde el primer momento catalán: — catalán por el espíritu que animaba sus poesías; catalán por su vocabulario puro, sin mezclas extrañas; catalán por la profunda energia de su expresión. Con todo, se notaba también en él la influencia ejercida en su educación literaria por los poetas castellanos del

EL ENTIERRO DE VERDAGUER



EN EL CEMENTERIO

sí glo de oro, influencia á la cual fuese sustrayendo después poco á poco, gracias á que nunca había pasado de ser puramente superficial, ya que no trascendía jamás al fondo, catalán por esencia, de las creaciones del eminente autor de «L'Atlántida.»

Y es que *Mossen Cinto*, amén de los buenos autores castellanos, había estudiado y había sentido — como nadie había estudiado y sentido antes que él — el alma catalana. La musa popular fué tal vez el manantial más rico en que bebió desde su infancia, durante la cual, sintiendo ya la sed de gloria que había de encumbrarle andando el tiempo al eminente sitio en que se colocó, escuchaba absorto de labios de su madre las soberbias baladas y los tiernos idilios, los romances caballerescos y los lindos madrigales que constituyen la rica poesía popular catalana. Porque es fama que la madre del genio cuya pérdida lloramos, poseía de memoria un riquísimo caudal de cantos populares y se complacía entonándolos delante de su hijo.

Por eso todas las obras de éste, desde las más modestas á las de mayor magnitud, conservan siempre el riquísimo perfume, el sabor popular, *l'agre del terror* que se desprende de las canciones del pueblo. Esa cualidad, realza-

da por el riquísimo vocabulario que poseía el gran Verdaguer, hace estimables hasta sus composiciones de menos vuelos. En una simple cuarteta suya, aparece siempre el gran literato.

Y si eso sucede en sus trabajos de menor importancia, ¿qué no sucederá en obras de tanto empuje como «L'Atlántida» y «Canigó», las dos soberbias columnas que sostienen con singular firmeza el monumento colosal formado por las obras completas del genio?

La aparición de la primera de dichas producciones constituye el acontecimiento literario más notable acaecido en España durante el pasado siglo. Lo cual no quiere decir que le vaya en zaga el que representa la aparición de «Canigó», la obra más sazónada que á mi entender ha producido Verdaguer y en cuyos cantos tuvo ocasión el genio de mostrarse bajo sus múltiples aspectos: el épico y el místico, el lírico y el popular.

En una época de fatal decadencia para la literatura castellana, en un tiempo en que los poetas de allende el Ebro confundían — como siguen en general confundiendo — la inspiración con la rimbombancia, el vigor con las frases chillonas, se alzó de súbito la colosal figura de

nuestro poeta, lanzando al aire en la lengua del terruño aquellos cantos sublimes de su «Atlántida», aquellas notas ya viriles ya tiernas, aquellas estrofas llenas de color y de energía con las cuales expresaba en su «Canigó» las amarguras del odio ó los encantos del amor, los lamentos de los vencidos ó el júbilo de los vencedores, el fragor del combate ó las dulzuras de la vida monástica... Y al expresar todo eso lo hacía en lenguaje altamente literario, castizo, pintoresco, vigoroso, esencialmente opuesto á la traseología huera tradicional en los poetas en cuya lectura se había educado. Véase con cuanta verdad y con cuanto vigor describía en la introducción de «L'Atlántida» el choque de dos naves enemigas:

Ab cruixidera y gemegor s'aferran
com espatlludas torres que s'aterran,
trinxant en sa caiguda un bosch de pins;
y entre ays, cridoria y alarít selvatge,
ressona 'l crich feréstech d'abordatge
y cent destrals rosegan com mastins.

Los espectáculos de la naturaleza los sentía y los expresaba *Mossen Cinto* con una intensidad avasalladora. Por eso, al profetizar en su soberbia «Oda á Barcelona» la portentosa transformación de nuestra ciudad, lo hace con la clarividencia de un verdadero iluminado, dotando á la vez las magistrales estrofas de que se compone, de un espíritu moderno extraño en quien, como Verdaguer, es amante sincero de la tradición.

Entre ciertos elementos que se han convertido á última hora en defensores de Verdaguer, se ha dado en llamarle siempre *el seráfico Mossén Cinto*. «Verdaguer, se ha dicho, era una inocente paloma sin hiel, libre de todas las pasiones de los catalanistas etc., etc.» ¡Pura calummia! Los que tal afirmaban, no conocían á Verdaguer más que de oídas. *Mossén Cinto*, cuando cantaba las glorias de Cataluña, lo hacía con todo el calor de que era capaz y cuando lloraba sus desgracias, era para lanzar irado al rostro de los que las originaran todo el odio, toda la ira santa de un patriota herido en lo más hondo de sus convicciones Véase sino la maldición y los denuestos que dirige al conde de Santa Coloma, en su poesía «Nit de sanch»:

¡Comte de Santa Coloma,
malviatge qui't parí!
¡Que tants llamps caiguin en terra
y que de tants cap te firí!
El día que vares néixer
fou un día maleit;
més li valdria á ta patria
que hagués nat un escorpí.
A la pobre de ta dida
devias rosegá'l pit
perqué llet ¡malaguayada!
te doná en lloch de verí.

Así se expresaba en uno de sus cantos patrióticos el dulce, el seráfico autor de los «Idilis y cants místichs». Y

es que el patriotismo del autor de «Canigó», corría parejas con su acendrada fe... aquella fe que le inspirara en «La batalla de Lepant» esos versos:

A arrencar la creu d'Europa
venen quatrecentas naus;
si avuy no escorna la lluna
¿qué'n vol fer Deu de sos llamps?

Lo que hay es que el mismo patriotismo y la misma fe que le dictaban semejantes enérgicas expresiones, le inspiraban otras veces dolorosos gemidos, tiernos lamentos, dulcísimos cantares ó deliciosas visiones, según el estado de ánimo ó la disposición de espíritu en que se encontrara. ¡Cómo contrastan los cantos grandiosos del «Canigó» ó de «L'Atlántida» con las delicadas estrofas del «Plor de la tortra!»

Vora, voreta'l riu
me n'he guarnit un niu
que'l sol hi toca;
el cobricel es d'or,
veniu, somnis d'amor,
bresseumhi à l'ombra.
Qui'm fa de cobricel
es d'un colom del cel
l'aleta hermosa.

Allí ab ma dolça Amor,
ab ella sense flor,
gosa, que gosa,
endolciré felís
ab cants de paradís
ma veu de tortra
Oh verges que hi rieu
ab qui ferí'l cor meu
de mort tant dolça,
dieuli que al vergé,
qui tant cantà y rigué
sospira y plora.

Esa ternura del «Plor de la tortra» se convierte en sublime grandiosidad en «Jesús als pecadors», en lamento profundo en «El pecador á Jesús», en amorosa súplica en «Jesús als noys».

Veniu á ma presència.
noyets, veniu á mi;
las flors de l'ignocència
son flors del meu jardí.

Que Verdaguer, aun sin haber escrito más que sus «Idilis y cants místichs», hubiera resultado grandioso, está fuera de duda. Pero de eso á considerarle únicamente un eximio poeta místico, hay mucha distancia, pues si las composiciones que componen aquel soberbio libro y las que forman el poema «El somni de Sant Joan» y las que constituyen la trilogía «Jesús infant» ó las colecciones «Flors del Calvari» y «Cantichs», le hacen grande, los cantos de «Canigó» y de «L'Atlántida», las estrofas de la «Oda á Barcelona», le hacen gigantesco.

¡Con cuánta fuerza se graba en la imaginación del lector de «Canigó» el carácter que revisten en Cataluña las

luchas de la Reconquista! Toda una época resucita el eximio Verdaguer en sus colosales cantos. Y lo mismo hace en «L'Atlántida», su concepción más grandiosa. En el prólogo de tan soberbia obra, dice el autor: «Cuán hechiceras me parecieron las Hespérides, amor de la antigua Grecia, por las que, con dulzura tanta, suspiró la lira de sus poetas! ¡cuán terrífico el Pirineo en llamas, pero cuán tentadoras y hermosas las olas de plata y oro que rodaron de sus fundidas entrañas! ¡cuán grande Hércules alargando con el sepulcro de Pirene la cordillera á que dió su nombre, batiendo con su clava á los gigantes de la Crau en la Provenza, aniquilando á Gerión y á Lívico Anteo, amilanando á las Arpias y á las Gorgonas y en su postrer trabajo abriendo la montaña de Calpe, dique del Mediterráneo, y soltándolo como un río en la vecina Atlántida, puente levadizo roto por Dios para en época de corrupción incomunicar los mundos, vueltos á unir en el más hermoso de los modernos siglos por los titánicos brazos de Colón!» He aquí, magistralmente condensada, la sublime concepción. De su desarrollo no hay que decir más sino que Verdaguer, con su genio, consigue hacer

sentir al lector todo el horror de la imponente catástrofe que intentaba cantar Solón cuando le sorprendió la muerte y que cantó nuestro vate con la misma altísima inspiración que lo hubiese hecho el poeta griego.

Con Verdaguer hemos perdido nuestro gran poeta nacional, el más digno tal vez entre los modernos del calificativo de eminente. Puede decirse de él lo que él dijo de otro vate:

Ploreu poetas de la patria mía,
s'es post *un altre estel*;
l'angel hermós de nostra poesia
se n'es tornat al cel.

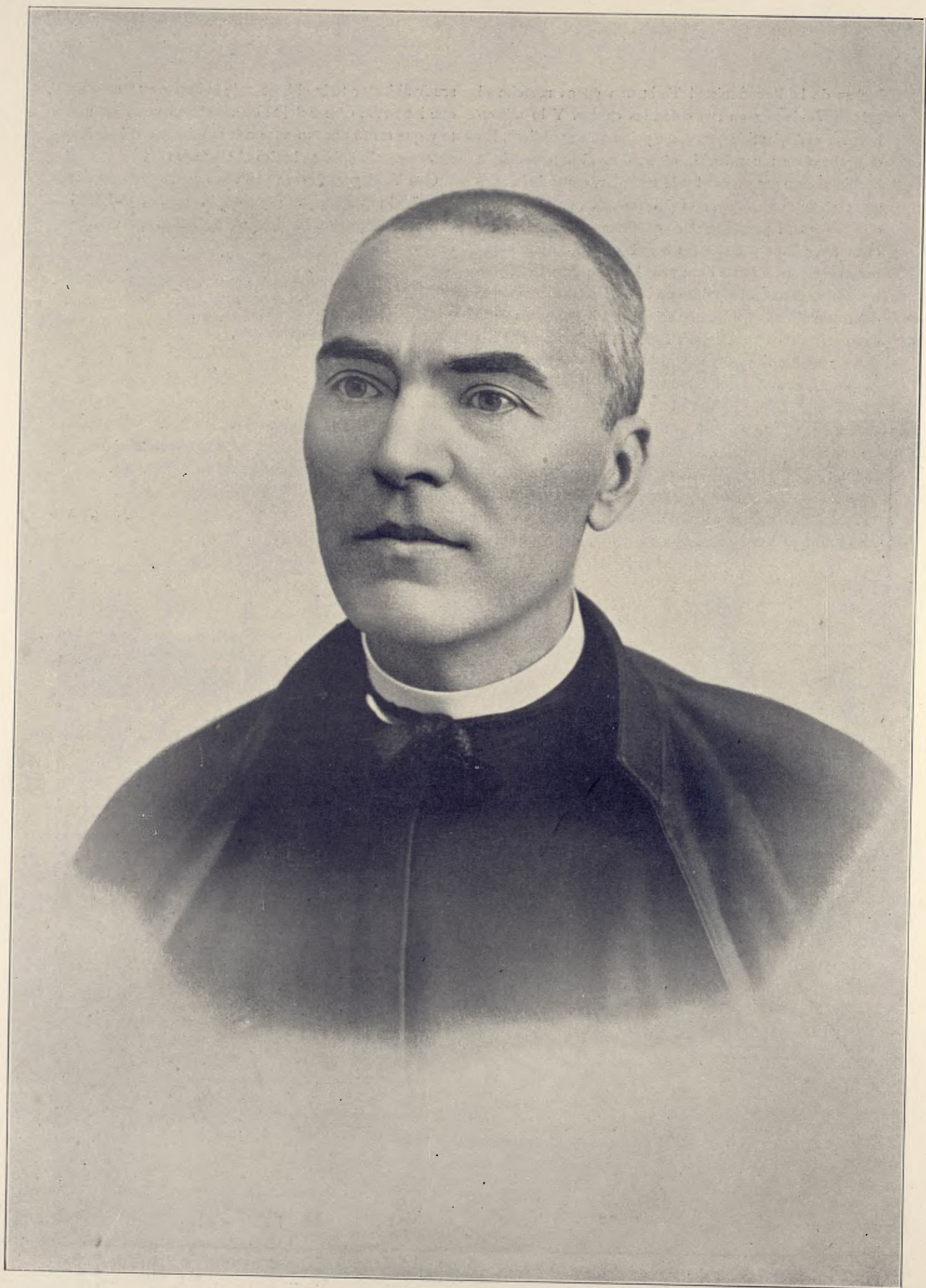
Lo que hay es que sobra la mitad del segundo verso, pues al decir *un altre estel*, podría suponerse que los ha habido tan brillantes como el que acaba de ponerse. Y ni de Cataluña ni de España puede hacerse semejante afirmación, aplicada á los tiempos contemporáneos.

J. MORATÓ

EL ENTIERRO DE VERDAGUER

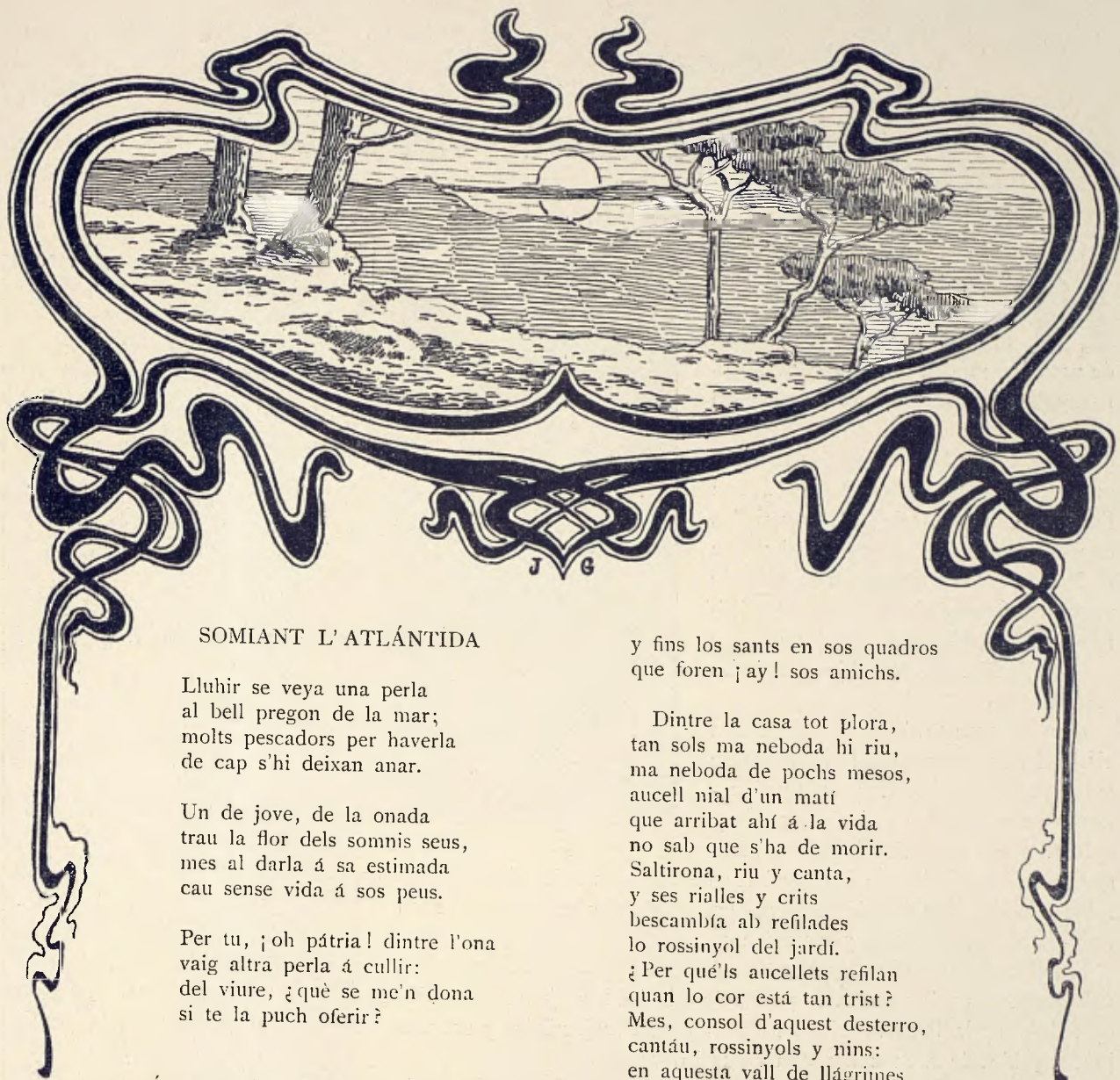


LAS CORONAS



MOSSÉN JACINTO VERDAGUER

NACIÓ EN FOLGAROLAS EN 17 ABRIL 1845. MURIÓ EN VALLVIDRERA EN 10 DE JUNIO 1902



SOMIANT L' ATLÁNTIDA

Lluhir se veyà una perla
al bell pregon de la mar;
molts pescadors per haverla
de cap s'hi deixan anar.

Un de jove, de la onada
trau la flor dels somnis seus,
mes al darla á sa estimada
cau sense vida á sos peus.

Per tu, ¡oh pátria! dintre l'ona
vaig altra perla á cullir:
del viure, ¿què se me'n dona
si te la puch oferir?

À LA MORT DE LA MEVA MARE

*Tristitia implet cor vestrum, sed
tristitia vestra vertetur in gaudium.
Joan, 16-60-20.*

Lo rossinyol entre'ls arbres
ha cantat tota la nit,
del presseguer á la eurerà,
de la eurerà al romaní.
Quínes passadas tan fines!
quíen refilar tan bonich!

Mes ¡ay! ma estimada mare
está espirant en son llit,
y més que'l cant d'alegría
jo escolto los seus sospirs.
Mon pare al peu de la espona
va plorant de fil á fil,
al veure apagar la flama
que ell no trigarà á seguir;
plora'l germà y la germana,
ploran parents y vehins,

y fins los sants en sos quadros
que foren ¡ay! sos amichs.

Dintre la casa tot plora,
tan sols ma neboda hi riu,
ma neboda de poch mesos,
aucell nial d'un matí
que arribat ahí á la vida
no sab que s'ha de morir.
Saltirona, riu y canta,
y ses rialles y crits
bescambía ab refilades
lo rossinyol del jardí.
¿Per qué'ls aucellets refilan
quan lo cor está tan trist?
Mes, consol d'aquest desterro,
cantáu, rossinyols y nins:
en aquesta vall de llágrimes
recordaume'l paradís,
lo paradís que es per viure
com la terra per morir.

31 Janer, 1875.

À LA VERGE DE MONTSERRAT

Vostre blau mantell es gran,
es més gran que l'estrellada;
puix ne sou Reyna gentil,
abrigáu la nostra Patria.

Vostre blau mantell es gran,
enmantelláu ses germanes,
á Valencia en son verger,
en sa mar l'Illa Daurada.

Vostre blau mantell es gran,
abrigáu tota la Espanya,
lo regne de vostre amor,
com un niuet sota l'ala.

Jacinto Verdaguer

AL PRIMER VAGIDO

POR MANUEL LASSALA

Muy de mala gana entraba por el balcón la luz, ya escasa, de una tarde de llovizna. En la salita de paso los muebles se distinguían apenas, y dos siluetas de hombre la cruzaban sin cesar, yendo y viniendo de extremo á extremo. Otros bultos pasaban también apresuradamente, respondiendo á una llamada, con rumor de faldas y variados cuchareteos en tazas y vasos. Del cuarto de la izquierda transcendía el resonar de voces confusas y de lamentos agudísimos amortiguados por el tabique.

—Dá la luz, Angela, dijo una de las sombras.

Repentinamente, brotó del techo una claridad desproporcionada al ámbito de la salita, llenó todos sus planos y rincones y se acumuló en el aire, cruda y quieta, como comprimida en tan men- guado recinto. Viéronse los portieres de tapicería roja y las sillas de roble y la alfombra listada de fieltro gris y los dos caballeros que tan nerviosamente la medían y remedían con sus pasos.

Era el más alto de los dos un señor de edad mediana, rostro moreno y delgado, con sobra de barbas y falta de cabello, la nariz tremenda, los ojos dulces y la boca invisible. El otro poseía mejor físico y era más joven, rubio, de buen color, con vistas á obeso.

—Esto es inaguantable, esto es terrible. Yo no sé como lo puede soportar esa criatura. ¿Oye usted vecino?

—Calle usted por Dios, Fernández, que parece increíble la fibra que tiene una mujer; contestó el rubio.

Y Fernández sacó por centésima vez el reloj.

—¡Canastos! ¡Pues llevamos cuatro horas y diez minutos! Este es el cuento de nunca acabar.

A pesar de la sordina del tabique, seguían oyéndose desaforados chillidos.

—¡Pobrecilla!, murmuró el vecino.

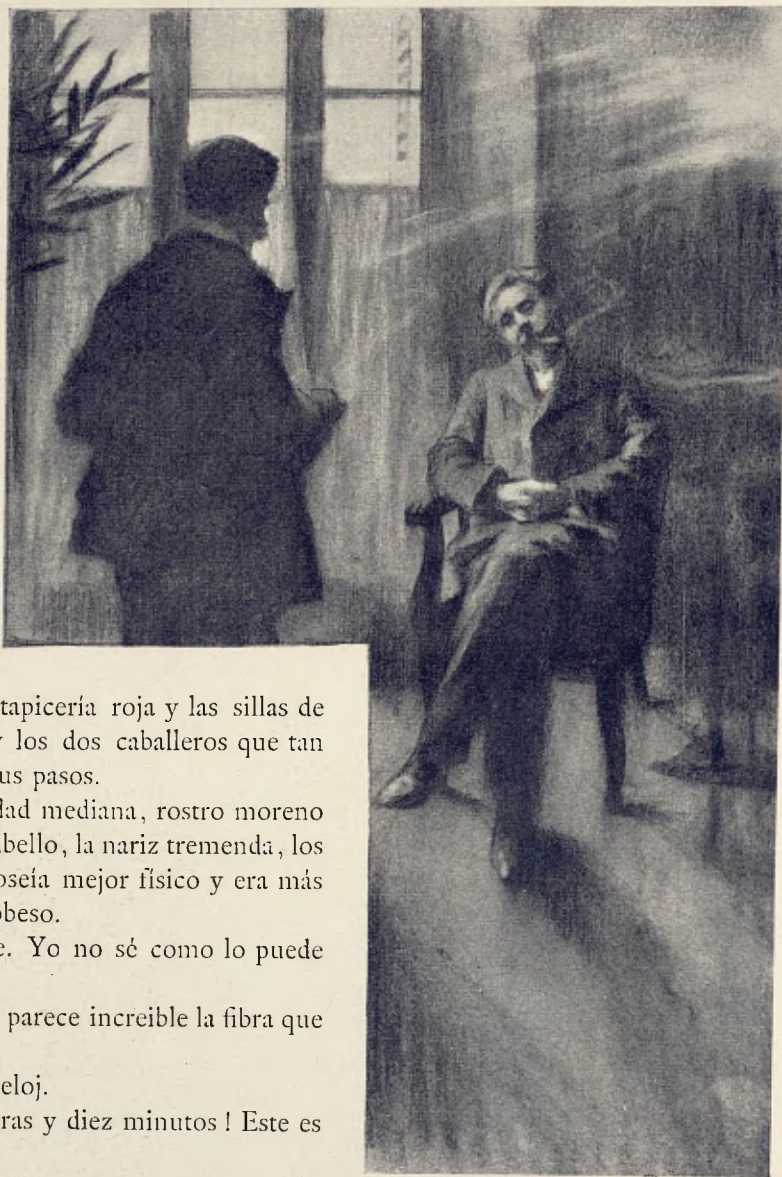
—Nada, ya lo ve usted, Alfredo. No se case usted; no se case.

Y luego, como respondiendo á una reflexión anti- gua, añadió:

—La verdad, no sé como somos tan tontos de casarnos.

La mirada del vecino respondió con una expresión tan turbia, que Fernández no supo darse cuenta de si el vecino compartía su opinión ó si se callaba por deferencia.

En aquel momento se entreabrió la puerta un poquito y al punto les dió en la cara un vaho soso y



caliente: con él se deslizó por el hueco una señora ténue y avejentada que manejaba con azoramiento un llavero voluminoso.

Los dos hombres se abalanzaron á su encuentro.

—¿Como va eso? preguntaron á la vez.

—Despacio, contestó la dama sin detenerse.

—Y dígame usted, Fernández, saltó el rubio, ¿ese don Fausto de mis entretelas es hombre en quien se puede tener confianza? ¿No nos hará una de pópulo bárbaro?

—Quite usted allá: es un comadrón de primera. Nada, veinticinco años sin hacer otra cosa. Conoce todas las alcobas de la ciudad. ¡D. Fausto! Pues si es el número uno, hombre.

—Pero dicen que hay que cogerle cuando está claro.

—No, eso no: él cuando bebe no trabaja y cuando trabaja no bebe. Es un tío muy célebre.

Otra vez se oyeron los gritos y los chillidos; se sucedían ya sin intervalo, resonantes, á pleno pulmón, prolongadísimos.

La nerviosidad de Fernández ya no le permitía pasearse: él y Alfredo se aproximaron á la puerta y se pusieron á escuchar. Luego hubo un silencio y luego gran rumor de voces y después otro silencio, tras el cual se oyó muy clara, al través de la pared, la primera nota temblorosa de una laringe nueva; el primer vagido:

—¡Unguééé, unguééé!

Fernández perdió el color. Bruscamente, allá en sus entrañas, brotaba un manantial desconocido que le aturdió con su novedad; una oleada sentimental que se le subía á la garganta.

Don Fausto apareció entonces en la puerta, calvo, con ojos guasones, ceja negra corrida y un bigotillo gris colgante.

—¿Que es? preguntó ansioso el moreno.

—Un chico, respondió el comadrón guiñando el ojo. Ya pueden entrar.

El escenario donde un nuevo prójimo acababa de proclamar su derecho de respiración, tenía mucho de campo de Agramante y algo de estufa: el aire se podía cortar, el calor era pegajoso y se olía allí á botica, á cocina y á matadero. La lámpara eléctrica, atenuada por un rebocillo azul, dejaba filtrar una claridad de agua profunda ó de caverna de magia, pero además iluminaban el quinqué gigantesco arrebujaado en encajes y una palmatoria puesta sobre un velador. Encima de las sillas se desbandaban ropas en desorden, mantas y pañuelos, y en el suelo había también ropa blanca, servilletas perdidas, canastillas y cajas de cartón. Bajo el quinqué monumental, dos señoras estaban dando la última mano al aseo del recién nacido y además iban y venían entre los estorbos dos muchachas atentas al despejo.

Don Fausto acompañó á Fernández y al vecino al lugar donde el novel ciudadano estaba recibiendo sus primeras galas, y la señora ténue, la del llavero bien provisto, al ver acercarse el grupo, levantó al niño hasta donde se lo permitía la corteza de sus brazos.

—Mil enhorabuenas, señor Papá, ahí tiene usted lo suyo.

Fernández apenas distinguió entre la

blancura del envoltorio, más que una carita amoratada y borrosa, pero alargó las manos y cogió el bulto con el mismo tiento que si hubiese estado lleno de merengues. Allí lo tenía ya al hijo tan suspirado, á dos dedos de su corazón, tan vivo y tan real como la luz del día. Un enternecimiento iba haciéndose paso en su pecho, una penetrante dicha le embargaba y le ponía ante los ojos el velo de una lágrima que le temblaba en las pestañas. Acercó la cara al chico y, desde dentro del bigote, por debajo de la nariz tremenda, le besó con inefable ventura.

—¡Hijo de mi alma!

—Por muchos años, por muchos años, repetían todos. Don Fausto iba con sus ojos guasones de Alfredo á Fernández y de Fernández á Alfredo, el cual, todo asombrado, miraba y callaba.

Insensiblemente las señoras rompieron á charlar.

—¿Pero ha visto usted qué chico tan guapo?

Y entre ellas dos y Fernández, que se reponía aprisa y se estaba sintiendo locuaz después de la primera impresión, discutieron las facciones del niño y el color de los ojos y la forma de la barbita (más inclinada á la tradición de la rama materna) y luego hablaron del nombre que le habían de poner y de los dulces



del bautizo y de si pronto pediría novia y de que quizá sería obispo, todo con más prolijidad que buen criterio.

Mientras tanto, Alfredo se había acercado á la cama, seguido por la mirada guasona de don Fausto.

— ¿Como se encuentra usted, Adelaida?

— Rendida, pero contenta.

Estaba la flamante mamá recogida en el saboreo y quietud de su bienestar después de la cruelísima lucha, pero tendió la mano á su amigo. El afectuoso vecino la tomó entre las suyas y dijo:

— También nosotros hemos pasado muy mal rato. Afortunadamente ya está usted bien, que es lo esencial.

— He creído morirme.

— Ea, ya pasó: ahora á reponerse. Y tiene usted muy buen rostro; está usted muy bien; palabra.

— Puesto que usted lo dice, contestó ella sonriéndose.

Efectivamente, valga la verdad; estaba guapa.

En aquel momento Fernández se arrancó de pronto á la contemplación de su vástago y le vino en mientes su mujer; así es que dejando al rorro en la falda de la señora, corrió á la cama.

— ¿Como estás, chiquilla?

— Estoy bien: solo tengo sueño.

— ¡ Ah, valiente! ¡ Eres tremenda; sois tremendas las mujeres!

Don Fausto, que se aburría, gritó desde la puerta:

— Buenas noches, señores. Poco ruido aquí y dejar que se renueve el aire.

— A Dios, doctor, hasta mañana.

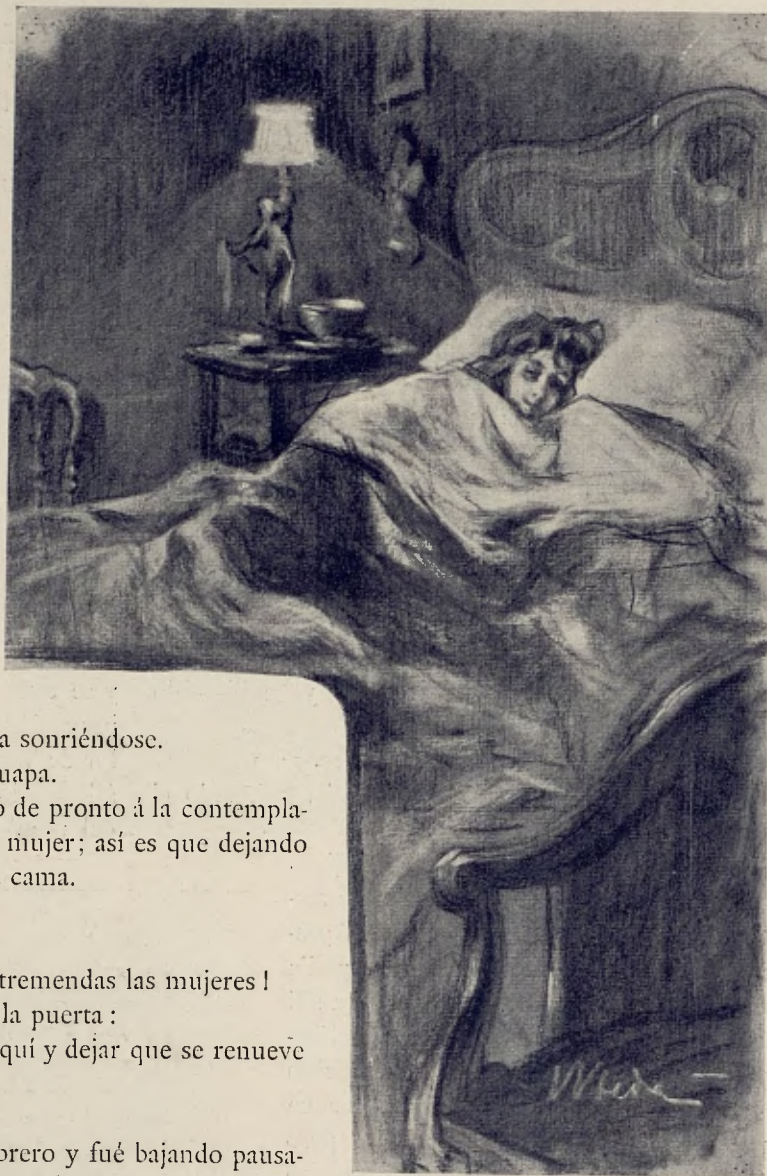
Tomó en la antesala el abrigo y el sombrero y fué bajando pausadamente la escalera. Mientras abría la portezuela de su berlina, dábale en la cara la luz del farol y sus cejas parecían más negras y corridas, más blanco su bigote lacio, menos disimulada la sonrisa escéptica que le torcía la boca.

Ya en casa, halló que su mujer y su hija le aguardaban en el comedor, enfrascadas en una conversación animadísima, sostenida por una y otra parte con flujo torrencial. Él, conocedor del paño, se apresuró á coger una butaca cómoda y se hizo traer las zapatillas.

— ¿ De qué se trata? preguntó con sorna.

— Pues la Basilia, la muy indecente, contestó al punto la doctora, la muy puerca. ¿ Está eso bien? ¿ No hay sino marcharse y ya está? ¿ Y las tres criaturas? ¡ Mira tú que abandonarlas así! ¿ Y por quien? Por un perdido, por un bribón. ¿ Donde tiene esa mujer el instinto de madre?

— En ninguna parte: no tiene, ni le hace falta: hay muchas así.



— Pero ¿ y la voz de la sangre? ¿ A tí te parece que eso es tener corazón?

— No, mujer ¡ qué me ha de parecer! Pero, mira, oye, en eso de instintos y de corazonadas nadie sabe una jota; déjate de majaderías; ahora, en que la Basilia es una indecente estamos conformes: hay muchas.

— ¡ Qué cosas tan célebres tiene papá! dijo echándolo á broma la niña.

Don Fausto se encogió de hombros y pidió un vasito de coñac. Pusiéronselo delante. El aroma fino del licor, el reflejo dorado de la luz en los bordes del menisco, la finura del cristal, la anticipación del cosquilleo, teníanle cogido por la entraña y cuando, tembloroso, acercó á sus labios la copa, parecióle á su mujer que murmuraba:

— Ven acá, buen amigo. Tu si que no engañas á nadie.



R. OPISSO

ESPERANDO LA SOPA

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

POR largo tiempo que viva no accederé á lo que queréis. Habéis matado á mi hijo y á muchos de mis parientes: por esto es imposible toda compensación y paz.»

A estas palabras respondió Gunter: «A ello nos ha obligado la desgracia. Todos los de mi séquito han sido asesinados por tus guerreros en los alojamientos: ¿había yo merecido esto? Yo he venido con la mejor buena fe, creía que me seríais fiel.»

Así dijo Geiselher el joven de Borgoña: «Vosotros, guerreros del rey Etzel que aún estáis vivos, ¿qué tenéis que reprocharme? ¿qué os he hecho? Yo vine á este país en la mejor amistad.»

Ellos respondieron: «Vuestra bondad es la que ha esparcido tanta desolación por ciudades y campos; siempre desearemos que no hubiérais venido nunca de Worms. ¡A cuantos habéis dejado huérfanos en el país tú y tus hermanos!»

Fuertemente irritado, dijo Gunter el héroe: «¿Queréis hacer la paz con nosotros y desechar todo violento odio? Nosotros no hemos merecido nada de lo que el rey Etzel nos hace sufrir.»

El rey dijo á los extranjeros: «Mis males no son iguales á los vuestros. La gran desgracia del combate, las pérdidas y las muertes que me habéis causado, son los motivos que tengo para que ninguno vuelva vivo al lugar en que nació.»

Así respondió al rey el fuerte Gernot: «Quiera Dios hacer que nos tratéis con cariño y que no queráis asesinarnos en vuestra casa. Dejadnos salir de aquí y redundará en honor para vos.»

«Entonces se decidirá pronto nuestra suerte. Muchos de los que os siguen están descansados y nos matarán porque nos abrume la fatiga: ¿qué tiempo podremos resistir á vuestros guerreros en el combate?»

Los guerreros de Etzel se manifestaban dispuestos á consentir que los héroes salieran de la sala. Cuando Crimilda lo oyó sintió un gran pesar; por esto se les negó la paz que solicitaban.

«No, nobles guerreros, yo os aconsejo que no hagáis lo que habéis pensado, pues si salen de la sala harán una horrible carnicería, en la que todos vuestros parientes serán heridos mortalmente.»

«Aun que no quedaran vivos más que los hijos de Uta y mis nobles hermanos llegaran á respirar el viento y á refrescar sus armaduras, estábais perdidos: en la tierra no ha habido nunca tan fuertes héroes.»

El joven Geiselher dijo: «Muy hermosa hermana mía, no esperaba tanto rigor cuando me invitastes á venir á este país; ¿porqué merezco que los Hunos me den muerte?»

«Yo siempre te fui fiel y nunca te causé pesar: vine á tu corte creyendo que me amabas, querida hermana mía. Piensa en nosotros con la afección que debes.»

«No puedo tener misericordia con vosotros, solo os tengo odio: á mí me ha causado grandes pesares Hagen de Troneja y aquí en mi país ha matado á mi hijo, es menester que todos me lo paguéis.»

«Si queréis entregarme prisionero solo á Hagen os dejaré á los demás la vida, por que sois hermanos míos,

hijos de mi madre: entonces hablaremos de paz con los héroes que están aquí.»

«No quiera tal cosa el Dios del cielo» contestó Gernot, «aunque fuéramos mil moriríamos todos tus fieles parientes, antes que entregar á un solo hombre prisionero; jamás haremos eso.»

«Menester es que muramos» dijo Geiselher, «no abandonaremos á ninguno de nuestra escolta de caballeros. Los que quieran atacarnos que sepan que estamos aquí: no faltaré á la fe que debo á un amigo mío.»

El fuerte Dankwart dijo, porque no le convenía callar: «No quedará solo aquí mi hermano Hagen. Los que nos niegan la paz lo sentirán; le haremos ver que decimos la verdad.»

La esposa del rey dijo: «Llegad hasta la escalera, vosotros guerreros, y vengad mis ofensas. Yo os quedará agradecida como debe ser. La impertinencia de Hagen recibirá por mí su recompensa.»



«No dejéis salir á uno solo de la sala; yo haré prender fuego al palacio por sus cuatro extremos: así vengaré mis ofensas.» Los guerreros del rey Etzel estuvieron pronto dispuestos.

Obligaron á entrar en la sala á los que habían salido, á lanzadas y flechazos: movióse terrible estruendo. Los príncipes y sus guerreros no quisieron separarse: no podían prescindir de la fe que se debían los unos á los otros.

La esposa de Etzel mandó entonces prender fuego á la sala y las llamas atormentaron los cuerpos de aquellos héroes. Con el viento ardió todo el palacio. Creo que nunca hubo guerreros que sufrieran tan atroz martirio.

Así gritaban muchos: «¡Oh! ¡cruel desgracia! ¡mejor hubiera sido morir en el combate! ¡Dios tenga piedad de nosotros; estamos perdidos! ¡Con furia se venga la reina y descarga sobre nosotros su colera!»

Uno de ellos dijo: «Aquí tenemos que morir, por el humo ó por el fuego; ¡qué horrible desgracia! El calor

me hace sufrir tanto con la sed, que creo que mi vida acabará pronto en tan terrible martirio.»

Así dijo Hagen de Troneja: «Vosotros nobles y buenos caballeros, á los que la sed os hace sufrir, bebed sangre, En calor semejante vale más que el vino; en este momento no hay nada mejor que beber.»

El guerrero se fué á donde estaba un muerto, se inclinó, desatóle el casco y comenzó á beber la sangre que manaba de sus heridas. Por raro que parezca, aquello le hizo mucho bien.

«Dios os lo pague, señor Hagen», dijo el hombre sediento, «por el bien que me ha hecho vuestro consejo de que beba. Nunca me fué escanciado mejor vino: por mucho que viva siempre os estaré agradecido.»

Cuando los demás oyeron que aquello era bueno, hubo muchos que bebieron sangre: con esto se aumentó la fuerza de aquellos guerreros; y muchas amorosas mujeres perdieron luego á sus queridos esposos.

El fuego caía en la sala, sobre ellos, pero se preservaban dejándolo resbalar por sus escudos. El humo y la sed les hacían sufrir mucho. Nunca se hizo sufrir tan grandes tormentos á los héroes.

Hagen de Troneja, dijo: «Arrimáos á las paredes; no dejar caer las ascuas sobre las celadas de los yelmos y apagarlas con los piés en la sangre. Una horrible fiesta es la que la reina nos ofrece.»

En estos tormentos pasó la noche. Dentro del palacio el valeroso músico y Hagen, su compañero, estaban apoyados en los escudos esperando grandes ataques de los guerreros del rey Etzel.

El techo que cubría la sala preservó á los extranjeros y muchos lograron escapar con vida, pero sufrían grandes dolores con las llamas que entraban por las ventanas. Así se defendieron aquellos guerreros como el honor les prescribía.

El músico dijo: «Entremos en la sala: así creerán los Hunos que hemos muerto en el suplicio á que nos han condenado; pero nos verán permanecer fuertes después en el combate.»

Geiselher, el joven de Borgoña, dijo: «Me parece que pronto será de día, pues llega hasta aquí un aire fresco. ¡Nos dejará el Dios del cielo vivir aún algún tiempo! ¡Espantosa ha sido la fiesta que nos ha dado mi hermana Crimilda!»

Uno de ellos, añadió: «Ya diviso el día. Ya que no ha de mejorar la suerte de los guerreros, armémonos y defendámonos. Pronto veremos venir á la esposa del rey Etzel.»

El rey creyó que todos los extranjeros habían muerto á causa de la batalla ó por el suplicio del fuego. Pero aún vivían de aquellos valientes más de seiscientos hombres como ningún rey los había tenido.

Los que desde lejos espían á los extranjeros habían visto algunos de ellos que vivían los príncipes y su gente, á pesar de cuantos tormentos les habían inferido para que murieran. Se los veía andar por el palacio sin el menor daño.

Dijeron á Crimilda que muchos vivían todavía. «No puede ser», contestó la reina, «que uno solo se haya librado de las llamas. Mejor creo que todos han muerto.»

Bien hubieran querido los príncipes y sus hombres escapar de aquella angustia, si les acordaran misericordia, pero no la hallaron en ninguno de los del Huneland. Vengaron sus muertes con terribles manos.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, comenzaron los ataques; los héroes se encontraron en gran peli-

gro. Les arrojaron fuertes lanzas, pero supieron defenderse de una manera terrible aquellos bravos y valerosos guerreros.

Los guerreros de Etzel se hallaban muy encolerizados; ellos querían ganar el oro rojo y los regalos que se les habían prometido, así como también cumplir las órdenes que el rey había dado, por lo que murieron muchos.

Acudió hacia la puerta un gran número de guerreros y el músico dijo: «Aquí estamos. Nunca ví guerreros que acudieran tan presurosos al combate, como los que por matarnos han recibido el oro del rey.»

Muchos de ellos contestaron: «¡Al combate! Ya es tiempo de que concluyamos; aquí no morirá ninguno que no deba morir.» Inmediatamente se vieron llover las javalinas sobre las escudos.

¿Qué mas podré decir? Más de mil doscientos hombres los asaltaron por todas partes. Los extranjeros saciaron su encono hiriendo á sus enemigos. Nadie podía poner paz entre ellos y la sangre corrió á torrentes, por las mortales heridas.

Se escuchaba como cada uno llamaba á sus amigos. Todos los valientes y ricos reyes fueron muertos: los parientes que los amaban, sintieron amarguísima pena.

XXXVII

DE COMO FUÉ MUERTO RUDIGUERO

Los extranjeros habían combatido bien aquella mañana. El esposo de Gotelinda llegó á la corte y vió por todas partes una horrible carnicería. Interiormente lloró el fiel Rudiguero.

«¡Oh, desgraciado de mí, por qué he nacido!» exclamó el guerrero, «y por qué nadie ha podido evitar tan grandes desgracias. Intervendría para hacer la paz, pero el rey se negará; pues cada vez son mayores y más fuertes sus pérdidas.»

El buen Rudiguero envió á Dietrich para ver si podía vencer la cólera del altivo rey. El de Berna le hizo contestar: «¿Quien podrá contenerlo ya? El rey Etzel no quiere que se interponga nadie.»

Un guerrero Huno, viendo allí á Rudiguero con los ojos llenos de lágrimas, de las que había vertido muchas, dijo á la reina: «Ved como permanece quieto el que puede más cerca de Etzel.»

«Y á quien está sometido el país y la gente. ¡Como ha obtenido tantas ciudades Rudiguero, sino por la generosidad del rey! En este combate aun no ha descargado un solo tajo.»

«Pienso que se preocupa muy poco de lo que aquí ocurre, después que ha conseguido todo lo que deseaba. Dicen que es más fuerte que ningún otro, pero en esta ocasión no lo parece.»

Con triste cólera escuchó el fidelísimo guerrero este discurso, y mirando de frente al Huno, pensó: «Ya me las pagarás; ¡dices que soy cobarde! Muy alto has dicho esa palabra aquí en la corte.»

Y apretando los puños se dirigió contra él, hiriéndole con tanta fuerza, que el guerrero Huno cayó muerto á sus piés. Con esto se aumentó la cólera del rey Etzel.

«Fuera de aquí, fanfarrón», exclamó Rudiguero, «bastantes penas y dolores estoy sufriendo para que me reproches que no lucho. Cierto es que con razón debía sentir odio hacia esos extranjeros.

(CONTINUARÁ)

POR ESOS TEATROS

Eldorado: «Aurora». Drama en tres actos de D. Joaquín Dicenta.—«El pastor». Poema en tres actos de D. E. Marquina.—En Novedades: «El amor en el teatro» de los hermanos Álvarez Quintero. «Amor de amar» de Benavente.—Los demás teatros.

Después de «Alina y vida», de Pérez Galdós, vino en el teatro de Eldorado el estreno de «Aurora», drama escrito por don Joaquín Dicenta expresamente para el público de Barcelona.

Recordando sin duda el autor el ruido que metió el año pasado el drama «Electra», de Galdós, intentó alcanzar un éxito de escándalo. Para ello apeló á los mismos medios que usara en su producción el eminente autor de «Fortunata y Jacinta». Y no sólo hizo esto, sino que en la acción del drama se contentó con seguir los pasos del maestro, creando una obra sin pizca de originalidad, pálido recuerdo de la que escogió por modelo. El asunto de ambas es de todo punto semejante. Como en «Electra», hay en «Aurora» su traidor, su hipócrita refinado que se escuda en la religión para cometer todo género de fechorías. La única diferencia que existe entre el personaje de uno y de otro drama es la del nombre. Pero á pesar de ello el personaje es el mismo, llámese Pantoja ó don Homobono.

Á ejemplo de Galdós, también ha puesto Dicenta en su drama el joven hombre de ciencia, de *ideas avanzadas*, que pasa el día discursando y haciendo filosofía de arrabal, asequible á todas las inteligencias. También el personaje es, como el de «Electra», hombre de laboratorio. No se diferencia del de Galdós sino por su profesión, que es la de médico, así como la de aquel era de ingeniero. Ya es cosa sabida: en el teatro y en la novela, los hombres de ciencia verdaderamente *avanzados* han de ser médicos ó ingenieros.

Por lo demás el drama de Dicenta está desarrollado á la pata la llana, con ciertos toques ridículos de puro sentimentales, con personajes sin ninguna equivalencia en el mundo real y con un exceso de lirismo que tumba de espaldas.



EN «EL PRAT»

Remitida por D. Román Macaya



EN «EL PRAT»

Remitida por D. Román Macaya

Lo cual no fué obstáculo para que los amigos que tiene por acá el señor Dicenta le dedicasen un banquete para darle testimonio de su admiración entusiasta. Con su pan se lo coman y buen provecho les haga.

En el mismo teatro y por la misma compañía, se ha estrenado también durante la quincena la obra «El pastor», de don Eduardo Marquina, que no ha demostrado en esta ocasión más condiciones que en su obra catalana «El llop pastor», estrenada un año y medio atrás en el Tívoli, por la compañía del «Teatre líric català».

Otra de las obras estrenadas ha sido el capricho literario en un acto y cinco cuadros «El amor en el teatro», original de los hermanos Álvarez Quintero y puesta en escena en el teatro de Novedades por la compañía de la señora Pino.

Trátase de una finísima sátira literaria, rebosando sal por todos lados.

El plan de los señores Quintero ha sido el de crear una serie de cuadros distintos para poner de relieve el carácter que toma en el teatro el amor, según sea tratado por un autor trágico, cómico, dramático, grotesco ó alegre.

Que han conseguido su objeto, lo demuestran no sólo los aplausos con que ha recibido el público la producción, sino los elogios que han hecho de ella los críticos.

«El amor en el teatro» es obra en la cual sus autores hacen gala de una cultura y una discreción dignas de todo encomio. Sin embargo, á pesar de ser ante todo autores cómicos, dotados de la sal propia de todos los andaluces, por esta vez han cumplido mejor su cometido al satirizar los géneros serios que los regocijados. Y es que, tal vez por cultivar los últimos con preferencia, no han podido colocarse en situación adecuada para apreciar sus aspectos ridículos.

De todos modos «El amor en el teatro» es una producción digna de sus autores. En el cuadro que dedican al género clásico español han llegado á imitar tan bien el estilo de los autores del antiguo teatro castellano, que la mayoría del público tomó la cosa por lo serio, aplaudiendo las escenas creadas por las señoras Álvarez Quintero

con la misma buena fe que aplaude los originales de Lope, Moreto etc.

La interpretación que dió á la obra la compañía de la señora Pino fué de todo punto cuidada, estando cada artista á la altura de su papel.

En el mismo teatro estrenose la comedia en dos actos de Benavente «Amor de amar», que no pasa de ser un debil remedo precisamente del teatro clásico castellano, con cierta mezcla del francés de Moliere ó del italiano de Goldoni.

Ni en dicha obra ni en «El tren de los maridos», estrenada en el teatro Granvia por la compañía de la señora Cobeña, estuvo el autor á la altura que otras veces.

En los demás teatros el movimiento ha sido escaso y sin importancia mayor, mereciendo elogios la compañía de ópera italiana que ha actuado en el Tívoli con aplauso de los aficionados.

UN ESPECTADOR

HOJEANDO LIBROS

Francisco de Quevedo. **PABLO DE SEGOVIE**, illustré et édité par DANIEL VIERGE.

El *Pablo de Segovia* del gran Francisco de Quevedo, ilustrado por Daniel U. Vierge, es una doble obra maestra, tanto por su admirable texto, modelo de bien decir debido al más gracioso y mordaz de los autores españoles del siglo de oro, como por los soberbios dibujos del maestro indiscutible de la ilustración en nuestra época.

La edición que tenemos á la vista es definitiva, siendo presentada con carácter monumental. Se trata de un libro soberbio en la más hermosa y más noble acepción de la palabra.

En su confección ha puesto el ilustrador-editor el más exquisito cuidado. Las bellezas de los caracteres tipográficos, del papel, de la impresión, de los grabados, retocados por Vierge, hacen del libro una perfecta obra de arte,



EN EL HIPÓDROMO

Remitida por D. Román Macaya



EN EL HIPÓDROMO

Remitida por D. Román Macaya

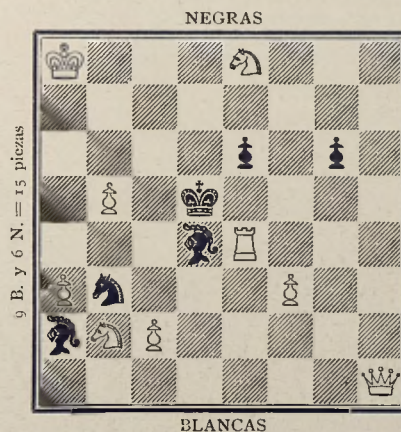
sobria, limpia, altiva como el talento del dibujante, soberbia como el genio de Quevedo.

Además la traducción francesa que ha hecho de la obra M. Rosny, es verdaderamente notable y será apreciada sin duda por todos los inteligentes de allende el Pirineo. Y es que, conservando el debido respeto por el original, ha puesto M. Rosny en su trabajo todas sus cualidades de escritor atildado y castizo que le distinguen.

Los pedidos de la obra, cuya tirada ha sido reducida y hecha, como digimos, con carácter monumental, pueden dirigirse directamente al editor, Rue Guttemberg, 29, Boulogne S. Seine ó á la casa Eduard Pelletan, Rue Saint Germain, 125, París.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 50.— J. DUSOLD



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 49, POR EL DR. A. W. GALITZKY

1. A 3 T D, etc.



HERMENEGILDO MIRALLES

59 - BAILÉN - 70

BARCELONA



HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.



LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.



AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO